

Bernal, Alfonso Lobo Amaya y Álvaro Morales Aguilar, y remata con una hermosa narración de Alberto López de Mesa, altamente dramática, que contagia las peripecias y contradicciones de los perros protagonistas y su *Perro amor*. Más cercana al ámbito de preferencias del público púber y adolescente, esta historia concisa e intensa consigue conmover y sorprende con su desenlace realista y cruel del que se eximen todas las anteriores historias, que quieren mantener aún el dulce manto que separa la infancia de la severidad del mundo real.

Tres Culturas presenta con éste el segundo de una serie de trabajos destinados a la niñez y a la temprana juventud. Mediante una magnífica cubierta y una cuidadosa diagramación e ilustración interna, trabajo de la artista Cristina Salazar con la colaboración de Alekos, los editores nos entregan un trabajo esmerado. La necesidad de inflamar las infatigables mentes infantiles colombianas con narraciones que se refieran a su propio mundo real y afectivo, ha sido sentida y asumida por un amplio grupo de artistas y escritores, de los cuales la presente selección es representativa. La tarea, recién comenzada, merece y exige depuración y maduración.

RAFAEL MAURICIO MÉNDEZ BERNAL

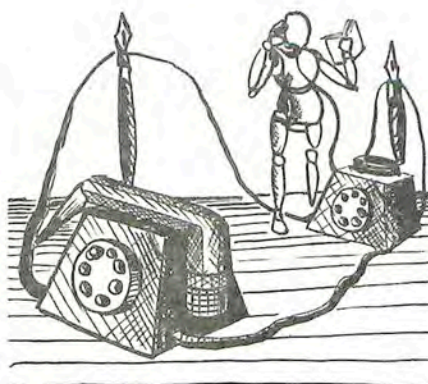
Pequeña Luz

La lagartija y el sol

Triunfo Arciniegas

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1989,
78 págs.

En un principio unas zapatillas de oro falso, luego un anillo también de oro falso y finalmente una corbata son las divisas que permiten conocer a la lagartija. Se supone que las lagartijas se deben vestir de blanco, ir a las parrandas periódicamente, ponerse



adornos convencionales, como pañuelos, buscar marido entre los lagartijos jóvenes y casarse para tener bastantes hijos. Como una buena lagartija, no debía ufanarse de las zapatillas ni del anillo, ni mucho menos de la corbata, ya que es prenda exclusiva del rey. Tampoco conviene estar pensando que el sol envidia su belleza y que le hablará (aunque de eso sólo se ocupan los sacerdotes) y la hará reina. Pero la lagartija, Pequeña Luz, de Triunfo Arciniegas es rebelde y hace todo lo que no debiera.

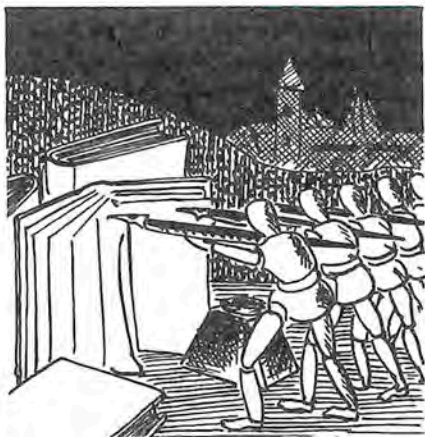
Efectuando la transposición alegórica, Pequeña Luz encarna la rebeldía adolescente. Fácilmente se entiende esto al ver que la lagartija no se adapta al mundo de sus padres ni de sus congéneres y empieza a sentirse diferente e incomprendida.

Tiene un sueño que hace creer a todos que está loca: que el sol le hablará y la hará reina gracias a su belleza. Esta obsesión le da a la rebeldía adolescente otro matiz que, aparentemente, la hace ver más interesante, puesto que se relaciona con el arte. En últimas, Pequeña Luz emprende la difícil búsqueda de la belleza y de la luz del conocimiento.

Para esto debe apartarse de la manada y emprender el camino hacia donde considera que está el reino del sol: el desierto. A su paso va encontrando una serie de personajes, animales unos, humanos otros, que van dándole al viaje un carácter pedagógico. Se pretende hacer, en esta parte, una semblanza del mundo moderno y de cómo sobrellevan la existencia algunos de sus marginados personajes.

La hostilidad de la ciudad opulenta contrasta con la generosidad de un ciego que vive debajo de un puente. La tortuga soporta con la alegría de su canto la persecución arbitraria de los gatos. Después la lagartija escapa del niño de la cometa, que deseaba guardarla en un frasco, y se topa con un murciélago asustadizo, coleccionista de monedas. El jardinero le deja ver a Pequeña Luz la experiencia del deshonor. El trío que conforman el jaguar, el gato y la paloma son el ejemplo de cómo fuerzas antagónicas pueden vivir en armonía si van en busca de un ideal: la casa de cristal. El payaso triston y amargado, un escritor frustrado, y el niño de vidrio demuestran que la verdad de las cosas se halla detrás de la apariencia. El caballo de la postal es consciente de pertenecer a un sueño ajeno, pero no le teme a su muerte próxima, ya que ésta lo liberará de su prisión. Finalmente, acosada por la serpiente, a punto de morir insolada, consigue lo que se había propuesto y, casi que resucitada, la lagartija regresa convertida en una Pequeña Luz. Se supone que es la luz conseguida a través de su experiencia.

El sentido que toma la actitud rebelde de la lagartija es demasiado ingenuo. Pretender fundar el desacuerdo ante la sociedad valiéndose de elementos como la corbata, que representaría al poder político y económico, y la confrontación simplista ante la religión y las tradiciones de la comunidad, para enfrentarlas a la búsqueda de un ideal de belleza y conocimiento emprendida por un personaje que empieza a verse como un loco —un lugar común demasiado común—, es simplificar demasiado la realidad de las cosas. Establecer dicotomías tan inmediatas y obvias es negar la multiplicidad de relaciones posibles del mundo moderno que le brindan al conocimiento una verdadera riqueza. Al plantearse la rebeldía en este libro con la consabida fórmula en donde los factores de la ecuación son: mundo-pensamiento práctico-trabajo vs. un yo idealista-luchador, lo que se está proponiendo realmente es la continuación de una apocada y débil tradición.



Por este encasillamiento, que es terreno poco propicio para que se desarrolle el espíritu lúdico, la fábula de Triunfo Arciniegas *La lagartija y el sol* carece del humor satírico y de la ironía que caracterizan a las fábulas, y permite el desarrollo de unas relaciones melosas entre sus personajes. Esta melosería tiende a ser identificada con la fantasía que deben tener los libros de la llamada "literatura infantil", lo cual es un error que hay que empezar a corregir.

DIEGO CERÓN

El libro de la risa y el quejido

De cómo ser feliz aun estando casado
Juan José Saavedra
Feriva Editores, Cali, 1989, 147 págs.

Entre charla y broma muchas verdades se asoman, y el humor es una cosa bien seria. Para muestra, este jocundo y al mismo tiempo circunspecto sainete ensayístico en forma de libro que lleva el certero título *De cómo ser feliz aun estando casado*.

Su autor es Juan José Saavedra Velasco, un payanés bogotanzado, famoso en eso de los menesteres del humor y de juglaría desde los años de

jupa! Miremos, por ejemplo, el gladiolo que alguna vez le lanzó Lucas Caballero ("Klim"): "Sobre don Juan José han llovido merecidas felicitaciones... está sobrado de humor". O consideremos el ditirambo que le dedicó Álvaro Salom Becerra, cuando dijo que su humor provocaba en el lector "no la ruidosa carcajada de los arrieros en la posada y los beodos en la taberna, sino la suave sonrisa con que premia el ingenio el hombre que piensa". O envidiemos la hiperbólica enhorabuena con que lo saludó Alfonso Bonilla Aragón ("Bonar"): "Ha aparecido un humorista de relieve descomunal".

Pero no todos los lectores del Bole-tín tienen por qué conocer la hoja de vida de este hombre de mirada maliciosa y cuasiartera (véase la foto de contratapa), *ridiculum vitae*, según su propio decir, que viene solapado en la solapa del libro en cuestión. Jota Jota Saavedra —para ir abreviando— nació a una cuadra de la Torre del Reloj del Popayán pretelúrico, en el seno de una familia de rancia alcurnia y noble abolengo, es decir: una familia bien, sin que las campanas de la aludida torre hubieran sido echadas a vuelo para anunciar la fausta noticia. Con todo, la estirpe preclara de este "chinche" se fue revelando con el correr de los años, sobre todo a partir de su doctorado en derecho en la muy lustrosa y ahora agrietada Universidad del Cauca. Ejerció, litigó y falló como juez de instrucción criminal en Bogotá. Ocupó cátedra en la Universidad de Santo Tomás. Anduvo por la séptima. Vivió en el norte. Y comió masato en San Victorino. Pero volvió un día a sus trémulos pagos caucanos para asesorar a una de las administraciones departamentales y para fungir como concejal de su natal Popayán en los días que antecedieron al gran sacudón. Obtuvo, por fin, una tarjeta de periodista empírico marcada con el número 1568. (Nos perdonará don J. J. que hayamos inflado su pron-tuario y su ego).

Al parecer, le ha jalado sobre todo a las letras, que no de cambio. Son de los sesenta y setenta los libros suyos *Abracadabra*, *Maru, Maru, Malibú* y *La manda*. La temprana celebridad

en el campo de la broma le cayó a partir de la fundación de su cadapuedario —según también su decir— La Página, publicación de humor político y empresa periodística en la que hace de todo, desde único anunciador hasta único lector.

Hay de entrada en Saavedra un estilo; un estilo que es figura del lenguaje, propiedad en el término, modales distinguidos *ma non tanto*, ilación (sin h, porque amor se escribe sin h) y ritmo en el discurso, cualidades todas ellas en traviesa alternancia con su total desparpajo en la idea. Como los toreros artísticos, don J. J. sabe citar, templar y mandar, rematando con una buena media verónica que arranca el aplauso de los tendidos.

Se percibe desde las primeras líneas de este esmeradamente editado volumen (texto en tipo Times, 12 puntos, al 90 por ciento) una bien digerida influencia del mejor Enrique Jardiel Poncela, humorista español que ya poco se lee, pero que sirvió a tantos "en antes" para construir su acervo satírico o para sobrellevar alguna convalecencia o simplemente para leer y copiar en el ascensor. Giro y tono típicamente jardielponcelianos cuano J. J. dice, por ejemplo: "Shakespeare, un dramaturgo inglés nacido en Strafford-upon-Avon en 1564, como a las diez de la mañana, escribió un drama, cosa que suelen hacer los dramaturgos, sobre los celos. En *Otelo*, que ha sido presentado hasta por el T.P.B...", etcétera.

De celos, velos, desvelos, vírgenes y mártires (lo que es muy comprensible), amores, odios, amor-odios, cuernos, desavenencias, derechos y deberes conyugales, himenolatrías, falocracias, *menages a trois*, ardores insatisfechos, soledades y otras pajas, trata *De cómo ser feliz aun estando casado*. (Marginalmente, queremos hacer notar el drama ortográfico que tiene aquí la palabra *aun*. Según la Academia, así como va, sin tilde, significa *incluso*; si se le marcara, cobraría la acepción de *todavía*, cambiando en redondo el sentido del título de este opúsculo y la dirección de la flecha de Juan José Saavedra, que, como decía alguien, ha dejado vibrando el espacio cercano al blanco).